



PROGRAMA DE FOMENTO Y
COOPERACIÓN CULTURAL
CON LOS MUNICIPIOS

Manuel Ortiz



De Bóreas a Céfiro



Esta exposición forma parte del programa *Los cuadernos del paseante y el viajero* que trata de ofrecer y al mismo tiempo reivindicar una parte de la obra artística que habitualmente no traspasa el ámbito de lo privado, relegada por el artista como archivo personal y que rara vez llega al terreno de la exposición pública.

Hay artistas para los que el cuaderno de apuntes supone un instrumento indispensable de su trabajo, incluso algunos consideran los dibujos que en esos cuadernos se van depositando, parte esencial y casi distintiva de sus respectivas obras. Pero, aunque la mayoría de los creadores plásticos recurren en mayor o menor medida a este cuaderno no todos lo hacen de forma sistemática y aún son menos los que tienen el hábito específico del cuaderno de viaje, esa suerte de diario gráfico, ocasional o cotidiano, en el que se va documentando, recalando o simplemente anotando para la memoria, la imagen de un trayecto, un escenario, un incidente o un lugar.

En esta ocasión Manuel Ortiz nos ofrece *De Bóreas a Céfiro* que recoge su particular mirada a lugares visitados en Sicilia, Noruega y Arizona.

El caballero Ortiz, el viajero

por José Daniel M. Serrallé

INTROITO MELANCÓLICO

Si en duda, hay un momento en la vida en que algo esencial de la vida misma nos alcanza, iluminándonos y a la vez perdiéndonos: el tiempo, según dejó escrito para siempre don Luis, o esa conciencia traviesa de los días que es el recuerdo. Pero pudieran ser también (asuntos tan altos se nutren y acompañan por lo general de peripecias más a pie de tierra), y acaso complementariamente, primero el cansancio terco de los días, luego el dolor cotidiano y furtivo del recuerdo. De todo habrá, seguramente, y en todo podremos unos y otros de alguna forma reconocernos, como si nos mirásemos confiados en el azogue del mar.

Fijémonos, por ejemplo, en un hecho —incluso una idea— de gran prestigio tanto en la mejor tradición literaria y artística como en el gusto bien entendido de vivir: el viaje, la aventura del viaje, las alas del viaje. ¿Quién no soñó la travesía misteriosa hacia un destino cualquiera, la contemplación de un paisaje remoto, el soberbio extrañamiento de pisar unas calles desconocidas? ¿Alguien habrá que no haya deseado volver a aquella luz distinta, regresar siquiera por un

instante al que fue, sorprendido y feliz, bajo otra luna? Y sin embargo, también en esto el tiempo —o lo que sea— nos alcanza, bien que de modos muy diversos.

Los hay que se ven atrapados por la rutina de los días, una especie de pereza universal que les roba el dulce estremecimiento de la víspera de la partida, sepultando en un mismo y vano olvido los viajes realizados y los que ya no harán. Otros, caso de Manuel Ortiz, no sólo recorren el mundo como quien goza, sereno y agradecido, las páginas de un libro, las notas de un aria perfecta o el aire de un lienzo; osados, bendecidos por la certeza secreta de su don, desafían el capricho de la memoria trazándola, fijándola a resguardo de sí mismos y sus ventoleras, como alguna vez un verso, un beso o un dibujo. Sin memoria, qué pureza; pero quién negará que en sus formas perviva el sueño de un tiempo salvado.

RETRATO JOVIAL

Para los Ortiz-Domínguez, don Melchor y doña Paula, fuera por los azahares benéficos de la primavera anterior, las caderas de Elvis o los guantes de Gilda, un día de febrero de 1962 tuvo lugar el nacimiento del segundo de sus vástagos: Manuel, nuestro caballero Ortiz. Que ese mismo día nacieran también Ferrán Adriá, Tom Cruise o el cazador de cocodrilos Steve Irwin, no parece destacable salvo que observemos, a la vuelta de los años, la resuelta delicadeza de Manuel preparando sus manjares, el inútil esfuerzo de Cruise por imitarlo con las gafas de sol, o el interés como distraído que comparte con Irwin por determinadas pieles.

Llegaron después el corretear por calles, plazuelas y futbolines; los *mini pull* y los pantalones de campana, los primeros cigarrillos y cervezas, ese olor de flores *hippies* tan pronto maceradas. Y tocó luego, como los Cartwright de *Bonanza*, hacerse con el mundo, acostumbrar patillas y ropas oscuras, descubrir esquinas y garitos, ser Perry Mason delante del espejo... Tocó, pertrechado de lápices, libros y discos, echarse al camino (facultad de Bellas Artes de por medio) y acabar cogiéndole gusto a la *gauche divine* y canalla, *El Vibora* y la Rives, el diseño, la ilustración y la historieta.

Y un día, de pronto, como fijando el vértigo de la madurez, la feliz descendencia llamada Carlos, el estudio propio rebosante de libros e imágenes (como si *Devórame otra vez*, pero en versión Alberto Marina), los *sushis* y los bares finos, los viajes en avión y las terrazas de la Alfalfa, el amor renovado en Carla y las casas nuevas. Príncipe en lo suyo de los lápices, los tipos y los colores; estiloso y juerguista, amable, melancólico y culto; ahora echando una cabezadita, ahora echándose un ratito... el caballero Ortiz: discreto y amigo.

APUNTE PARA UNA POSTAL

La mirada de Manuel Ortiz se abre, pasea y se demora siempre limpia, curiosa y un punto triste; el mundo que ve, también. Por su parte, la mano del caballero Ortiz se posa, se desliza y oficia siempre con refinada elegancia, cálida y a la vez algo distante, presa quizá de un pudor antiguo; el mundo que ofrece, también. El alma, diríamos, del viajero Ortiz respira, conoce y se ensimisma

siempre honda, entregada y un tanto mágica, casi alada en su contenido fulgor; el mundo que nos regala, también. Y en todo ello, él y nosotros y apenas alguna otra figura, como en esas postales donde son suficientes las existencias repentinas de quien la envía y quien la recibe.

De Sicilia, por ejemplo, a Noruega, casi azul casi blanca; del Dublín enigmático y elemental, a la lejana Arizona de ocre y rojos intensos; de Viena, sonora y erguida, a la colorida India de aguas oscuras y otra vez a Sicilia (no es difícil imaginar allí el comienzo y el fin de todo, la luz del sol primero), van sucediéndose siluetas de altos árboles y montañas, caminos y carreteras quién sabe hacia dónde, columnas y estatuas, los espejos tendidos de este lago o aquel río. Paisajes sin figuras como una noche a nuestra medida, esperándonos; arquitecturas sin paisajes como un decorado natural y cierto del vivir, expuesto para invitarnos.

Un juego, al cabo, como suelen los cuadernos de viaje, un juego de envite bajo la luz cenital —igual que un aura— de los perdedores. El caballero Manuel Ortiz hace sus maletas, viaja y de algún modo inaugura sobre el papel la emoción y el sentido del mundo, de las ciudades u horizontes, playas o calles a sus pies. Acaso, como el poeta, lo sabe, lo ignora o sólo lo intuye, pero en cada una de esas láminas ha ido parando el tiempo, iluminando de aquellos momentos la rara felicidad que termina resultando la memoria, hasta que se le vea el farol y la partida acabe. También nosotros, sin saberlo, estamos sentados a la mesa de juego.

